

# Terlenka® y... acción!



BERENKA  TM

## ECONOMIA

### la enmienda Vallon

Louis Vallon, informador del presupuesto y «gaullista de izquierda», ha tenido el acierto de despertar una cuestión que, planteada hace mucho tiempo, siempre había recibido separiferos en dosis suficiente para mantenerla quieta y dormida. Una cuestión que, digámoslo de inmediato, son los sectores capitalistas los más interesados en relegar al olvido.

Al introducir en julio de 1965 la enmienda que lleva su nombre como compensación de las desgravaciones fiscales consentidas en favor de las empresas y de sus accionistas, Vallon atrajo de nuevo la atención sobre el tema, enormemente virulento, de la apropiación de los beneficios no distribuidos al proponer que fueran «reconocidos y garantizados los derechos de los asalariados sobre el incremento de los valores del activo de las empresas debido al autofinanciamiento».

La postura del capitalismo tradicional es conocida. Los accionistas, llevados por su afán de modernizar sus empresas y aumentar su productividad, «sacrifican» una parte de sus ganancias para reinvertirlas en las mismas. Son ellos, pues, y sólo ellos, quienes hacen posible la autofinanciación. Los trabajadores perciben las remuneraciones de antemano convenidas, el Estado los impuestos establecidos y los consumidores pagan por los artículos los precios que la «lógica» del mercado impone. La situación presente es justa —afirman— y no hay motivo alguno para modificarla. El hacerlo atacaría, por el contrario, el espíritu empresarial afectando al beneficio, motor del progreso.

Pero los «gaullistas de izquierda» ven las cosas de manera muy distinta. De la necesidad de invertir, que nadie niega —dicen—, los capitalistas deducen la apropiación de los fondos destinados a la autofinanciación sin tener para nada en cuenta que los beneficios que hacen posible tal inversión en el seno de las empresas se obtienen merced a la «colaboración» del consumidor, pagando precios más elevados de los «normales», al trato fiscal de favor del Estado y a la comprensión de las retribuciones salariales.

Ante este estado de cosas que despertaba su inquietud, la reacción de los medios afectados, que prefieren interesar a los trabajadores en la productividad y nada alicionados a las «innovaciones», se produjo inmediatamente.

La Bolsa presionó para que las cosas se desarrollaran «juiciosamente»; Tixier-Vignancour hizo sonar la alarma, afirmando que se trataba «de una mutación de las estructuras económicas de Francia para hacerlos compatibles no con la economía occidental, sino con la economía del Este», y otras voces dijeron que conduciría inevitablemente a la «república popular en la empresa».

En el propio Gobierno, como lógicamente era previsible, hubo también un criterio opuesto. Sus miembros más influyentes —léase el primer ministro Pompidou y Debré, ministro de Economía y Hacienda (este último calificó la propuesta Vallon de «mito diabólico») — fueron acusados por René Capitant, otro impulsor de la reforma, de querer «enterrarla».

Después de haber leído las conclusiones de la Comisión Mathey, oportunamente desfavorables a la enmienda de cuyo estudio fue encargada, ha sido el propio Presidente de la República Francesa quien se ha encargado de tranquilizar a los medios empresariales y financieros, asegurándoles que no se quebrantarán la inversión de capitales, su iniciativa, ni su autoridad.

Por si ello no fuera suficiente, no será la presente legislatura la encargada de ponerla en práctica (en realidad, un proyecto de ley debería haberse presentado en tal sentido antes del 1 de mayo del presente año). El general De Gaulle, hábil prestidigitador, así lo ha dispuesto.

En estas condiciones, puede conducir la «enmienda Vallon» a alguna reforma fundamental susceptible de modificar, por fin, la condición de los trabajadores? Sinceramente, todo hace pensar en sentido negativo. Para que así no fuera tendrían que verse afectados no los resultados de la gestión de la empresa, sino las decisiones que preceden y determinan la gestión misma y esto, evidentemente, no está en juego.

Si se traduce en hechos, lo cual no puede asegurarse, la constancia de Louis Vallon servirá, a lo sumo, para complementar la política de rentas, que hasta el presente marginaba lo referente a la autofinanciación, tratando de que así presente un aspecto de «honorabilidad» del que se halla muy necesitada y habrá ofrecido un arma contra la izquierda francesa en período de elecciones.

Nueva fórmula de asociar el capital y el trabajo y, en definitiva, de garantizar la continuidad de las actuales relaciones de producción, la «enmienda Vallon» no tiene por qué alarmar realmente al sistema socioeconómico en vigor.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ